



LA TELARAÑA

JUAN PLANAS
BENNASAR

«Vuelva usted mañana»

Me sumo a la cola del paro –radial y ubicua, inmóvil, tensa– sin expectativa alguna de alcanzar el sombrío éxtasis –literario, kafkiano– del demoledor «Vuelva usted mañana». Mañana no existe. Me sumo a su aire desencantado, a su fiebre cincelada a base de plazos de usura, a su agónico viaje a ninguna parte. No nos espera el paraíso. Sus bulevares no existen y sus sombras cautivas destilan un aire extraviado a esperanza rota, ese juego de niños que aún no se saben huérfanos. Quizá sea mejor así.

Me sumo al baile de las fechas y cifras como si el andamiaje de la burocracia fuera algo más que una parodia. No lo es. Acaba de entrar en vigor una ley del Govern que nos permite acudir –en su caso– hasta los mismísimos tribunales de Justicia en busca del mínimo sustento, del techo digno y la fría resolución matemática de la supervivencia. Quizá el calor humano se esconda ahora bajo las togas y los birretes. Bajo las vendas ciegas –y la herida incurable– de la equidad, esa conjura. Todo resulta raro. Muy raro.

Tanto que ahora el Govern planea recomprar lo que malvendió, Can Domenge. No es un mal lugar para sepultar las colas del paro y acoger a los desahuciados, para repartir víveres y manuales bilingües y reciclables de últimos auxilios. Ya sólo falta que –como hace Calvo antes de no hacer nada– Antich y su corte encarguen a la UIB un sofisticado estudio de viabilidad. Estamos salvados.